

Grupo 5 | Dra. Ella y Kurt Lingens – Reiner | Austria

Ella y Kurt Lingens – Reiner eran médicos jóvenes en Viena cuando Alemania nazi anexó Austria al Tercer Reich. Oriundo de Alemania, Kurt tenía una larga historia de oposición a los nazis, dado que se había criado en un hogar de esas características – la casa de una familia católica, una minoría dentro de una mayoría protestante en Alemania. Kurt y su padre –un oficial de policía en Colonia- eran miembros del Partido de Centro, un partido católico conocido por su oposición a los nazis y su ideología; por ello fueron perseguidos. La situación se tornó tan difícil para Kurt que tuvo que trasladarse a Austria para completar los estudios de medicina, dado que en su país las autoridades le habían prohibido continuar estudiando debido a su militancia antifascista.

Ella era vienesa de nacimiento, una muchacha sumamente talentosa que había obtenido un doctorado en derecho y luego se dedicó a estudiar medicina. Apenas se concretó la anexión de Austria comenzó a ayudar a judíos. Durante el pogromo de la Noche de los cristales rotos escondió en su cuarto a diez de ellos. Más tarde ambos consintieron en ocultar a una judía joven llamada Erika Felden. Cuando Erika enfermó la mucama de la pareja le prestó su documento de identidad lo cual le permitió ser operada en un hospital, derecho del que hacía tiempo no gozaban los judíos.

La casa de Ella y Kurt estaba abierta para sus conocidos y amigos judíos y algunos de ellos dejaron en su custodia objetos de valor para que sean resguardados de los saqueos. Ambos ayudaron de muchas formas, dentro de su casa, poniendo en peligro su vida y la de su pequeño hijo. Acompañaron a judíos en intentos de cruzar la frontera y cuidaron sus pertenencias.

Kurt y Ella fueron víctimas de una delación. El 13 de octubre de 1942 fueron arrestados por la Gestapo. Kurt fue enviado a una unidad militar de castigo en el frente ruso. Allí fue herido de gravedad. Ella fue enviada a Auschwitz, y tuvo que separarse de su pequeño hijo. Fue designada médica de los prisioneros y en esa función pudo salvar a algunos judíos de ser enviados a las cámaras de gas. Cuando su encarcelamiento debía llegar a su fin prefirió seguir en su tarea de salvación en el campo. Hacia el fin de la guerra fue enviada en una “marcha de la muerte” al campo de Dachau.

Ella Lingens – Reiner sobrevivió las penurias del nazismo y logró reencontrarse con su hijo como madre y como ser humano íntegro, tal como lo había soñado.

Del testimonio de Ella Lingens – Reiner

La mayor parte del tiempo podíamos observar impotentes como se realizaban las selecciones. Pero hubo una vez que conseguí intervenir. Unos días antes me habían convocado a la sección política... la enferma era la Sra. Leiman de Fráncfort. Desde fines de agosto de 1943 hasta febrero de 1944 se llevaban a cabo selecciones no sólo en la sección de enfermos sino en todo el campo. Entre 500 y 1.000 mujeres eran elegidas cada vez y yo estaba segura de que la Sra. Leiman estaría entre las víctimas. Fui a verla y comprobé que efectivamente había sido seleccionada. Estaba muy deprimida, temblada de pavor y desesperación y me tomó las manos con fuerza. "Ayúdeme", me suplicaba repetidamente. El médico del campo me había dicho hacía no mucho tiempo que debía ser muy cuidadosa y no cometer errores, dado que mi liberación se haría efectiva en algunas semanas. Una intervención de mi parte, como alemana aria, en favor de esa mujer enfurecería a las Waffen SS y pondría en peligro mi liberación. Sólo quien estuvo en un campo de concentración sin saber cuánto tiempo duraría su encierro puede entender el significado de ese destello de esperanza. Mi único hijo tenía tres años cuando nos separaron. Sólo un progenitor puede entender la fuerza de la añoranza de una madre a su hijo. Solitaria y dolorida caminé ida y vuelta por un sendero del campo en el crepúsculo de ese día de invierno. Edificios grises, torres de vigilancia y alambradas electrificadas se estiraban en el horizonte – una visión desagradable y desalentadora. Estaba a punto de liberarme de ese lugar y de sus terribles recuerdos, y ahora me pedían hacer peligrar todo y convertirme en una figura rechazada por una mera desconocida, la Sra. Leiman.

Quedaba poco tiempo y tenía que tomar una decisión. En mi imaginación veía a mi pequeño hijo y escuchaba su dulce voz cuando me despedía de él, cuando me envolvía con sus brazos pequeños y me imploraba "mamá no me dejes"...

Y entonces vi a la joven mujer que con un ruego en la mirada y me decía "estoy tan contenta de hablar con una alemana". Dentro de mí se desarrollaba una lucha entre mi deseo profundo de liberarme y la piedad que sentía hacia esa mujer. La sensación de compromiso por salvar una vida, como médica y como ser humano, se medía con mi compromiso de madre de sobrevivir en aras de mi hijo, dado que cada día en el campo conllevaba un peligro mortal.

Nadie podía decir que la solución era clara e inequívoca. Estaba partida y no podía tomar una decisión.

De pronto comprendí. Tenía todo el derecho de argumentar que mi vida y la de mi hijo son más importantes que la de un desconocido. Pero eso no era



lo que estaba en juego. Si fracasaba, o sea, posibilitaba la muerte de una persona que hubiera podido salvar, sólo porque yo misma estaba en peligro, incurriría en el mismo error que realizó todo el pueblo alemán... Las personas que ordenaron y ejecutaron esos terribles crímenes no eran muchos, pero muchos más permitieron que fuesen llevados a cabo, porque no tuvieron el valor de impedirlos. Se replegaron tras el argumento de que “no hay nada que podamos hacer”, también en aquellos casos que se podía hacer algo. Si daba la espalda, por miedo a quedarme más tiempo en el campo, no hubiese distinta a todos esos alemanes que estaban libres y observaban pasivamente por temor a ser arrestados y enviados a un campo de concentración. En ese caso las SS habrían tenido éxito en “educarme”, como les gustaba decir a los hombres de la Gestapo que me enviaron al campo. El significado de eso era que todo mi sacrificio había sido en vano y desde el principio me podría haber quedado en mi casa. El sentimiento que se despertó en mí no fue uno de compasión o deber, sino de odio al régimen que quería oprimirme y robarme mi dignidad. En mi corazón le dije a mi hijo:

“Hijo mío, tendrás que esperar quizás un poco más a tu madre, pero cuando vuelva a ti, va a poder mirarte a los ojos, y no tendrás que avergonzarte que tu lengua materna es el alemán.”

Volví sobre mis pasos y me dirigí a la sección política del campo de mujeres...

Preguntas para el debate



- ¿Qué motivó a Ella Lingens – Reiner para realizar su acción de salvación? ¿Qué aspiraciones de salvación aparecen en el texto?
- ¿En que fue empleada y en qué esto fue de ayuda para sus labores de salvación?
- Anote la edad, estatus social, educación y pertenencia política de la salvadora, que aparecen en el relato o que se pueden inferir del mismo.
- ¿Aparecen otras personas aparte de la salvadora que participaron diariamente en el esfuerzo de salvación?
- ¿Cómo valoraría la entrega de la salvadora?
- ¿Cuál era el precio personal que pagaba el salvador? ¿En qué medida era consciente del peligro que corría?
- ¿Qué elecciones debió hacer la doctora Lingens – Reiner en el periplo de salvación que tuvo que recorrer?